

Dos estilos diversos de pensar

Intencionadamente situamos este comentario en segundo lugar, porque, como advertirá el lector, complementa y clarifica la nota anterior acerca de la apertura a la riqueza de lo real.

Medir las dimensiones de un objeto material puede plantear un problema de cálculo, pero una vez resuelto éste, el resultado es expuesto en fórmula inequívoca al apetito verificador de cuantos deseen comprobarlo por sí mismos. Para rehacer una operación matemática no se requieren condiciones especiales de carácter y sensibilidad de espíritu. Basta un previo aprendizaje técnico.

Pero supongamos que un compositor estrena una obra musical o un pintor expone sus cuadros: ¿Quiénes son capaces de adivinar su valía artística? La indiferencia de unos y el entusiasmo de otros nos indica que no se trata de objetos "universalmente verificables por no importa quién". A mayor profundidad y riqueza de sentido en el objeto de conocimiento, más reducido es el número de los sujetos que disponen de la capacidad de adentrarse en él. Pues se da una misteriosa correspondencia entre sujeto y objeto, en virtud de la cual el conocimiento de las realidades muy complejas y densas de contenido suscita tales y tan diversas resonancias, que compromete, por simpatía, la persona entera. Quien conoce es el entendimiento, pero respecto a ciertos objetos, es impotente la fría especulación para conocerlos de modo adecuado: la voluntad y el sentimiento deben conferirle la energía y la vibración necesarias para fundar ese ámbito de presencia en que se revelan las realidades superiores. Quien oye una obra musical con la aséptica actitud especulativa del que realiza una constatación técnica, podrá hacer valiosas observaciones a lo largo de la audición, pero no entra en contacto con "la obra", que no en vano suele tener un nombre propio: "Sinfonía Júpiter", "Sonata Aurora", o sencillamente: "La sexta de Tschaikowsky", "la tercera

de Bramhs". Toda auténtica audición es un diálogo, el encuentro de dos seres con personalidad.

Salta a la vista la diversidad de niveles a que se da el conocimiento. Lo característico del objetivismo es pretender reducir estos niveles a un común denominador. La Filosofía actual se esfuerza, por el contrario, en lograr la unidad sin sacrificar la fecundidad de la distinción. Desde hace un cuarto de siglo, muy penetrantes pensadores se esfuerzan por entender como contrastes lo que antes se consideraba a menudo como contradicciones. En 1925 R. Guardini publicó una obra con el título *El contraste (Der Gegensatz)* (3), que intenta demostrar el esfuerzo mental de síntesis que exige el conocimiento de los seres vivientes, debido a su interna e irreductible complejidad. A un pensamiento analítico, discursivo, que rehuye la tensión de la atención global, los diferentes aspectos de lo vital aparecen en abierta contradicción. El pensador, en cambio, que apunta a los "complejos de sentido" los ve en relación de complementariedad y fecunda armonía.

Recientemente, G. Thibón no dudó en afirmar: "Uno de los signos cardinales de la mediocridad de espíritu es ver contradicciones allí donde sólo hay contrastes" (4).

Este amplio estilo de pensar es, a mi juicio, lo que busca hoy la Ciencia en la Filosofía, toda vez que la experiencia va dando a entender que no hay más unidad auténtica que la jerárquica, vale decir, la que se funda en una relación constitutiva entre los diversos elementos.

Es equívoco, por tanto, calificar a las "Ciencias del Espíritu" de *inexactas*. En este defecto incurre, entre otros, el célebre historiador Huizinga, para quien la Historia es "la ciencia eminentemente inexacta", y "no ser exacta equivale a no ser Ciencia" (5). Heisenberg, en cambio, afirma, con discreción ejemplar, que "al pa-

(3) El vocablo "Gegensatz" admite diversos significados en función del contexto. Aquí debe traducirse, inequívocamente, por *contraste*, y no por *oposición* o *contradicción*, como alguien hizo, malentendiendo el sentido de toda la obra.

(4) *El Pan de cada día*. Editorial Rialp. 1952.

(5) Cfr. "Sobre el estado actual de la Ciencia histórica", Madrid, 1934, y "El concepto de la Historia y otros ensayos". Méjico, 1946.

sar de un campo de la realidad ya entendido a uno nuevo, ha de darse un paso enteramente nuevo del conocimiento, que no será más fácil que el paso que ha conducido de la física a la teoría atómica". "Sabemos—agrega—mejor que la Ciencia natural anterior que no hay ningún punto de partida seguro del que arranquen caminos a todos los dominios de lo cognoscible, sino que todo conocimiento debe flotar en cierto modo sobre un abismo sin fondo..." (6).

La complementariedad de los diversos estratos del ser se capta cuando se intuyen las realidades superiores que se expresan a través de las inferiores. Recuérdese el ejemplo del lenguaje ya aducido o el de la obra musical que se da a conocer—al tiempo que se constituye—a través de elementos objetivos—sonidos yuxtapuestos vertical u horizontalmente a lo largo del tiempo; y, en el pentágrama, a través del espacio—.

A esta intuición querían aludir los filósofos cuando hablaban, en una u otra forma, de "intuición de esencias". Lo grave fué que se consideró como intemporal e inespacial lo que se da en el tiempo y en el espacio con un tipo superior (supraempírico) de espacio y de tiempo, cerrándose así el paso a una auténtica comprensión de las realidades expresivas.

Por eso, una vez que la Ciencia se percató de la carga de "autonomía", o más prudentemente, del coeficiente de sorpresa o indeterminación que se da incluso en los llamados seres inanimados, se apresuró a acudir a la Filosofía en busca de un método *riguroso* de lo no-mensurable.

"Uno de los más curiosos fenómenos intelectuales que se han producido desde hace medio siglo en el dominio del pensamiento científico es, ciertamente, la gradual e irresistible invasión de la Físico-química por la Historia. Los primeros elementos de la materia cambian su condición de un cuasi-absoluto matemático por el de una realidad contingente y concreta" (7).

Este "indeterminismo" *constitutivo*—propio de la realidad como tal, no sólo como "observable"—dió pie al

(6) Cfr. "La unidad de la imagen científico-natural del mundo". Ed. Cuatro Pliegos. Madrid, 1947.

(7) P. Teilhard de Chardin: *Le groupe zoologique humaine*. París, 1956.

eminente filósofo alemán Aloys Wenzl, profesional asimismo de Física Teórica, a la estructuración de una arriesgada teoría, de inspiración schopenhaueriana, que atribuye a cada estrato de ser una dosis de libertad, correlativa a su dignidad entitativa. De este modo se abre una posible vía de solución al espinoso problema de la unidad de las Ciencias y de la posibilidad de interacción de los diversos niveles de ser.

Es muy expresiva a este respecto la conferencia de Schrödinger sobre "Ciencia y Humanismo". Se asombra el autor de que los antiguos filósofos hayan llegado de por sí a la teoría atomista de la materia, por cuanto, a su juicio, la concepción cuántica de la discontinuidad que se impuso con Plank depende de modo directo y explícito de aquélla.

En su obra *La imagen de la Naturaleza en la Física actual* deja constancia Heisenberg de la deuda que tiene su labor científica con la Filosofía natural de los griegos y en concreto con el Timeo de Platón. Y por no responder esto a algo casual, sino a una profunda vinculación interna de los diferentes ramos del saber, asigna a la formación humanística un papel trascendental en la tarea de investigación científica.

Estamos, por fortuna, ante un espíritu de colaboración eminentemente constructivo.

El retorno a la unidad no se hará jamás bajo el signo de un pacato sincretismo, sino bajo el impulso creador de un espíritu jerárquico, que sepa intuir la diversidad de los seres y la corriente de vida que los une internamente.

Esta es la esforzada tarea que las mentes más dotadas de la Filosofía actual proponen a las jóvenes generaciones.

Tómese buena nota de ello, porque todo nos hace sospechar que el Humanismo español, sensible como ninguno para las grandes síntesis, tiene al respecto más de una palabra que decir.